

“Además del medicamento, los farmacéuticos hemos dado consuelo”

María Bermejo Fernández

Inspectora de Salud Pública y titular de una Oficina de Farmacia en Mérida, María Bermejo Fernández atisba, en su repaso a su trayectoria profesional, los preceptos que definen al farmacéutico actual, cuya labor no sólo pasa por la seguridad alimentaria y salud ambiental, sino también por la atención sociosanitaria y el uso racional del medicamento.

Farmacéutica

María Bermejo Fernández confiesa no ser farmacéutica desde que “la jubilaran” a los 65 como inspectora sanitaria y dejara, años más tarde y en manos de un hijo, la oficina de farmacia que regentaba en Mérida desde 1950. Sin embargo, y a pesar de esta confesión, pertenece a la última generación de farmacéuticos artesanos del medicamento, y a la primera de los que inculcaron los principios de higiene y seguridad alimentaria en establecimientos públicos. María exhibe su localidad de origen, pertenece a la saga de los Bermejo de Serradilla, pueblo cacereño que ella, con amor propio, prefiere no localizar en el mapa, “quien lo ignore que lo busque”; y obvia su segundo nombre de pila, Dámasa, del que, con cierta dosis de orgullo, reconoce no haber conocido a alguien que lo llevara. Exclusividad ésta que se extiende a ser una de las primeras mujeres farmacéuticas de Extremadura tras su hermana Justa, decana de la profesión en la región y segunda en el conjunto del país. La benjamina de los Bermejo Fernández estudió la carrera en Santiago de Compostela justo cuando acabó la Guerra Civil, compitiendo en clara desventaja con los excombatientes beneficiados con los llamados “títulos de la victoria”. Esta farmacéutica, a sus 86 años, hila toda una vida marcada por el afán de su padre porque estudiara y tuviera un buen porvenir, y por su temprana viudez con cuatro hijos, a la que se enfrentó con especial ahínco para sacarlos sola adelante. María, alta y coqueta -inconformista siempre con la instantánea para la entrevista-, habla, y mucho, con seguridad, con sinceridad, no sin cierto anhelo, y con la satisfacción de haber disfrutado de una profesión que le ha permitido hacer lo que ha querido, y siempre trabajando al cien por cien, como en su labor de inspectora sanitaria.

-Al principio, me incorporé a este cuerpo del Estado en 1944, lo único que hacíamos era despaçar las recetas de la beneficencia

y los análisis clínicos que pedía el médico de la misma. Entonces nos pagaban 2.500 pesetas al año. Las condiciones laborales comenzaron a mejorar y, con ellas, nuestras funciones evolucionaron. Médicos, veterinarios y farmacéuticos debíamos inspeccionar los establecimientos públicos de las localidades, en mi caso, de Mérida. Constituimos un equipo bien avenido y nos repartimos las tareas. Yo tuve encomendados los ultramarinos del centro de la ciudad.

-A la inspectora María Bermejo Fernández no le bastó la relación de establecimientos que por entonces le facilitara el Ayuntamiento. Callejero en mano, ella visitaba las tiendas de alimentación que a su paso encontraba, con las que establecía una lista paralela que la administración local rentabilizaba para la oficial. ¿Cómo desempeñaba esta labor en aquellos años de despegue del comercio minorista de alimentos?

-Desde luego no podías llegar al establecimiento en plan arrollador levantando actas. Nuestra función inspectora no era policial, sino más bien asesora y muy relacionada con la educación para la salud. Primero le explicabas a su dueño la necesidad de cumplir una normativa y de apostar por una nueva forma de hacer las cosas para mejorar la higiene y la seguridad alimentaria. Que la botella de lejía no debía estar en el estante superior al que alberga un paquete de arroz... Le dabas unas pequeñas recomendaciones sobre cómo debía organizar la tienda, sobre su limpieza. Le concienciabas de la necesidad de fijarse en la caducidad de los alimentos para quitarlos de la venta. Más que inspectores, fuimos asesores de Salud Pública. En las visitas comprobamos que los comerciantes iban cumpliendo nuestros consejos. Y la tónica general, al menos en Mérida, es que fueron aceptados de buen agrado.

-¿Cómo ha evolucionado la figura del farmacéutico titular de una oficina de farmacia?

-El farmacéutico no ha sido un



María Bermejo Fernández, en su casa de Mérida.

La fórmula magistral, medicamento a la carta

-A la farmacéutica María Bermejo Fernández se le ilumina la mirada cuando habla de Formulación Magistral, una de las actividades farmacéuticas que más prestigio otorga a la profesión. Cada vez son menos las Oficinas de Farmacia que las realizan. Sin embargo, antes de que llegaran los específicos, -como llamaban a los medicamentos envasados-, y conquistaran las estanterías de las farmacias, sus titulares elaboraban preparados magistrales bajo prescripción médica indicados de forma individualizada para un paciente en concreto, tendencia terapéutica actualmente tan en boga. La farmacéutica María Bermejo explica entu-

siasmada con sus manos el laborioso trabajo entre espátulas de soluciones en forma de ungüentos, de píldoras y sellos.

-Las fórmulas curaban perfectamente, no tenían nada que envidiar al medicamento actual, ¿qué por qué hay tantos? Por puro negocio. En el mundo actual la gente va a ganar más, no a trabajar; y eso también se traslada a nuestro sector. Tengo que reconocer que soy partidaria de las fórmulas hechas a la medida del paciente y de su enfermedad. Es el mejor remedio que da el farmacéutico. Yo, con los achaques que tengo, aún me beneficio de alguna. Los especialistas que más tarde han dejado de prescribir fórmulas maestras de forma generalizada, -algunos continúan-, han sido los dermatólogos.

expendedor de medicinas, nunca hemos sido comerciantes. Para eso no estudiamos la carrera, porque no miramos la farmacia como un negocio sino como una profesión sanitaria, aunque es cierto que tuvimos que aprender contabilidad. Hemos sido siempre un colectivo que daba mucho, además del medicamento, el farmacéutico daba el consuelo cuando escuchaba al cuidador o al enfermo que iba a por su medicina. Quizás, esto se esté perdiendo, y más cuando ya algunos compran medicamentos

por Internet. ¿Qué pasa? La gente no sufre, no pide consuelo... o ¿lo buscan de otra manera? Antes, quien tenía un enfermo en su entorno, lo cuidaba con gusto y esfuerzo, no lo mandaban al asilo; los mayores morían en casa a pesar de dar mucho que hacer. Y el cuidador, casi siempre mujer, que se acercaba a la farmacia a por la medicina, se desahogaba con el farmacéutico. Es más, el usuario de la farmacia preguntaba aquí lo que no se atrevió, por falta de confianza, u olvidó preguntar al mé-

co. El farmacéutico reforzaba entonces las recomendaciones del médico, haciendo una labor de educación para la salud complementaria, insistiendo en la necesidad de cumplir el tratamiento, como en el caso de los antibióticos, o de seguir unas pautas en su administración ante cualquier duda. También te contaban sus problemas, haciendo el farmacéutico una labor de escucha -que no te enseñan en ninguna Facultad- impagable y necesaria porque el cuidador necesita su cuidado.

-En la casa de María Bermejo entran y salen sus hijos. La besan y comprueban que está bien. “He tenido suerte”, comenta. Se siente querida y arropada por familia y amigos. Fue en la farmacia donde fraguó un accesible “pasillo de gente” que iba y venía con sentires y pensares... ¿con cierto aire de rebótica?

-Las emblemáticas reuniones de rebótica pertenecen a generaciones anteriores a la mía. Supongo que siendo farmacéutico sí se continuaba con ellas porque los hombres distribuían su trabajo de otra manera. Sin embargo, las mujeres siempre lo tuvimos supeditado al ritmo que nos imponía el cuidado de la familia. Aunque siempre la farmacia constituyó un punto de reunión donde la amiga pasaba y te daba una noticia, y la otra te prestaba un parecer. A mí me encantaba aquella vida de convivencia con todo el mundo. He sido feliz con una profesión que no me ha supuesto un especial esfuerzo porque me ha dado la sensación que se defendía sola.